

1

La Sierra Morena es húmeda, fértil y escarpada.

A sus pies viven los Malaquias, ventana del tamaño de una puerta, puerta con autoridad de madera oscura.

—¡Ven, corre, Adolfo!

Donana llamó a su marido; él clavó el hacha en la leña y acudió a ayudarla. La vasija brillaba en el fondo del aljibe. Adolfo hizo descender el balde amarrado al extremo de la cuerda, atrapó la vasija y la trajo de vuelta arrastrándola contra la pared del pozo. La mujer no hacía tareas pesadas; de huesos quebradizos, empezó a curar el empacho, y a cambio de las curas obtenía harina de maíz, leche y café. Blanca rosada, de labios finos. Salvo por los Malaquias, los habitantes de la Sierra eran pardos como mamíferos silvestres.

Los niños hicieron un círculo alrededor del aljibe; el manto freático reflejaba tres pares de manos, cada cual enmarcando dos puntos brillantes y una nariz: Nico tenía ojos azules, nueve años. Antônio, menudo, seis. Júlia, panzona, cuatro.

Todos se habían ido a acostar; la noche estaba cargada, el viento sacudía las ventanas, las tejas vibraban; en cualquier momento la tempestad nacería dentro de la casa. Los padres dormían en un cuarto. Nico, Júlia y Antônio en otro, los tres en la misma cama, acurrucados en forma de embrión.

El gato estiró las patas, las paredes se tensaron. La presión del aire aplastó los cuerpos contra el colchón; la casa entera se encendió y se apagó como una lámpara en medio del valle. El trueno sonó largo, hasta alcanzar el otro lado de la Sierra. Debajo de la construcción, la tierra, de carga negativa, recibió el rayo positivo de una nube vertical. Las cargas invisibles se encontraron en la casa de los Malaquias.

El corazón de la pareja estaba en sístole, que es cuando la aorta se cierra. Con la vía contraída, la descarga no pudo atravesarlos y llegar a tierra. En la caída del rayo el padre y la madre inspiraron y el músculo cardíaco recibió el impacto sin poder desahogarse. El fogonazo calentó la sangre a niveles solares e incendió todo el árbol circulatorio: un ardor interno que hizo que el corazón, caballo salvaje, interrumpiera su carrera en Donana y en Adolfo.

En los niños, en los tres, el corazón hacía diástole, la vía rápida estaba abierta. El vaso dilatado no interrumpió el curso de la electricidad, y así el rayo siguió viaje por el embudo de la aorta. Sin que se afectara el órgano, los tres sufrieron quemaduras ínfimas, imperceptibles.

Nico despertó y no movió un músculo; tenso, esperó el día. La lluvia no impidió que la noche clareara; el gallo quedó mudo. En el cuarto de los padres el sol entró por las tejas destruidas; la pareja estaba rígida sobre la cama, pero nadie habría dicho que una chispa de fuego los había quemado por dentro. El colchón y el borde de las tejas estaban ennegrecidos; Nico fue hasta allí y se dio cuenta del combate entre la luz y la carne. Antônio abrió los ojos, impactado. Júlia estaba alerta pero no se movía, no abría los ojos; Nico la dio por muer-

ta. Tomó a Antônio de la mano, cruzaron la sala, siguieron por el sendero que los llevó a la tranquera. Se quedaron sentados debajo de un arbusto.

Antônio le dio un codazo a Nico, estaba molesto por el hambre. Nico volvió a la casa y lo único que encontró fue un bloque de dulce que se metió en el bolsillo mojado. Oyó un ruido en el cuarto: era Júlia asustada. Apenas bajó de la cama Nico la levantó en brazos, las piernitas largas le golpearon las rodillas.

Antônio masticó el dulce; los otros se acurrucaron. Unas vacas asomaron al final del camino; detrás de ellas venía un adolescente con una rama en la mano, el agua helada goteando de su sombrero se la enjugó. Los hermanos temblaban, labios morados, pies fríos.

—¡Nico!

Timóteo era empleado de Geraldo Passos, dueño de la Fazenda Rio Claro. El muchacho entró a la casa de los Malaquias y al poco tiempo volvió corriendo. Sin decir nada, los subió a los tres al caballo sin apero que había traído con la manada y retomaron el camino. Cuando Geraldo tuvo frente a sí a los tres hermanos, de mayor a menor, mandó a su vieja empleada a buscar café.

—Timóteo, mañana llevarás a los más chicos al hogar de las monjas francesas, en la ciudad. El mayor se queda conmigo.

Durmieron los tres juntos sobre la alfombra, en espiral estrecha, al lado de la cama de Timóteo. Antes de salir del cuarto, Nico guardó lo que quedaba del dulce en el bolsillo de su hermana.

—No llores, iré a buscarlos.

La niña se secó la cara con el ruedo del vestido y el dulce cayó al suelo. Antônio lo recogió y se lo guardó en el bolsillo, censurando a su hermana. Timóteo se llevó a Júlia y Antônio a caballo. Eran seis horas de viaje hasta la pequeña ciudad.

—¿De dónde son? —dijo la hermana Marie.

—Los padres murieron electrocutados, cayó un rayo en la casa. El más grande está en la Fazenda, don Geraldo se lo quedó.

Marie llevó a los niños a un patio; tendrían que esperar allí hasta que les tendieran una cama en uno de los cuartos.

3

—Abre la boca.

Nico la abrió y reveló una amígdala inflamada.

—Tizica, busca hierbas para el té, que tiene dolor de garganta. Mañana empieza en el cafetal —ordenó Geraldo.

Tizica cuidaba de la casa y hacía todo lo que podía con una mazorca de maíz: polenta, fuego, papel de fumar, aceite, guiso.

Trató a Nico con una hierba cualquiera, fingió pasarle el ungüento adecuado. Dejó que la garganta se le inflamara hasta un límite aceptable para que no tuviera que trabajar bajo el sol. Cuando le llevó una porción de torta al cuarto lo interrogó.

—¿Cómo quedó el cuerpo de tu madre?

Desde la llegada de Nico la mujer no tenía descanso. Una mañana fue a hablar con el patrón.

—Lo quiero para mí.

—Que sea tu hijo no cambiará nada; de todos modos lo pondré a trabajar. Mañana ayudará a Osório a seleccionar los granos en el cafetal.

Al día siguiente Tizica le dijo al patrón que el chico tenía fiebre, que así no iba a rendir, no tenía sentido, iba a dar más trabajo.

—Nico ya perdió una madre. Con tu edad, no tardará en perder otra —respondió Geraldo.

Fueron pasando los días; Nico les llevaba el almuerzo a los trabajadores de la plantación. La fiebre no cejaba, los ojos conservaban vestigios del rayo. Una madrugada, Nico se levantó y fue a la cocina, las brasas lo envolvieron en un halo rojo, los granos de maíz estallaban con el fuego, el filtro de barro estaba seco y vacío.

—Vaya a acostarse, mocososo —dijo Tizica en camisón.

Cuando lo tocó percibió la fiebre; un poco más y mataba las enzimas que transforman la harina de trigo en célula humana. Fue al aljibe a buscar agua. Llevó al chico, que sorbió el frío matinal. Le mojó

la nuca, los brazos, la frente, por último le volcó un balde entero sobre el cuerpo magro. Le levantó la camisa para que los pulmones tomaran rayos lunares.

—Eso te va a enfriar.

Tizica oyó ruido en los matorrales, podía ser un lobo acercándose al gallinero. De ser así, Geraldo saldría con la escopeta. En cuestión de minutos el patrón gatilló en el porche. No los vio en el plantío; Nico se había adormecido en el regazo de Tizica, que estaba sentada inmóvil. El ruido se acercó y Nico gritó con el tiro. El lobo cayó cerca de las cebollas.

Júlia usaba vestidos almidonados y medias planchadas. Antônio por primera vez tenía un guardarropa igual de pulcro. Las monjas francesas cumplían con su misión católica en la pequeña ciudad; les gustaba criar niños porque crecían y repetían sus enseñanzas. Talco y migas de tostadas cubrían el piso de madera, las jarras de refresco manchadas por el jugo de la fruta acumulado en el fondo. Caderas tensas, costillas curvas, hombros encorvados. Piel fina, sábanas blanqueadas al sol, hebillas y madreperlas a la noche.

—Quizás la familia árabe se quede con la niña, es obediente —supuso Marie.

—Mandaré una carta —decidió Cecille, cruzando las manos.

La respuesta llegó en un mes.

Hermanas,

Iré a conocer a la niña el próximo otoño.

Leila

La matriarca árabe llegó con dos valijas, se quedaría pocos días, solo el tiempo necesario. Cecille le ofreció hospedarse en la habitación con ventana al patio. Desde allí Leila podría observar a Júlia sin ser vista. Estudiar los modales, el semblante, la piedra bruta.

—Volveré a buscarla dentro de cuatro años.

—¿Qué le pareció Antônio?

—Solo quiero a la niña.

Marie y Cecille no le dieron la noticia a Júlia; lo harían en las vísperas de su partida a la capital. En esa época, Tizica fue a la ciudad a comprar telas estampadas y aprovechó para visitar a los hermanos de Nico.

—Yo me quedaría con los tres.

—Júlia ya consiguió un destino —dijo Marie.

Tizica volvió al campo con tejidos y panes de canela. Mientras Nico comía, le dijo que Júlia se iría lejos y que nadie quería a Antônio. Antes de que Geraldo se fuera a dormir, la empleada fue a entibiar la leche del patrón.

—Estoy pensando en llevar a Nico a ver a sus hermanos.

—Nadie va a ir a la ciudad; los quiero a los dos aquí.

Timóteo, montado en la tranquera, con los zapatos embarrados, encendía un cigarro. Árboles altos, finos en las puntas, el aceite del eucalipto intentando escaparse por las nervaduras de las hojas. Nico estaba cargando leña, le faltaba llevar dos hatos más a la despensa y terminaría el trabajo. Timóteo apagó el cigarro, bajó de la tranquera y se dirigió hacia él. Nico lo saludó, aminorando el paso.

—¿Sabes nadar, Timóteo?

—¿Nadar, adónde? ¿Te volviste loco?

Nico se echó al hombro el último paquete de leña y entró.

Hacía ya cuatro años que Nico no salía de la Fazenda Rio Claro. Los rasgos adultos iban borrando la expresión infantil. Tenía noticias de sus hermanos por Tizica, que los visitaba cada tres meses.

Antônio demoró en ser alfabetizado; tenía dificultades para concentrarse, era tímido, no permitía que nadie se le acercara. Júlia tenía muy buena dicción y aceptaba que la acicalaran para no perder la recompensa de los dulces del aparador. La rociaban con lavanda y la peinaban con peine de hueso.

Los papeles de adopción, el equipaje y los documentos de Júlia estaban listos. El auto oscuro y lustroso se detuvo frente a la puerta del colegio. La hermana Cecille bajó las escaleras para recibir a la matriarca. Leila besó la mano de la monja y pidió su bendición, que le fue concedida en un murmullo automático. La mujer dijo tener prisa y suplicó que no hubiera ceremonias de despedida, así podrían volver de inmediato a la carretera.

Cecille fue a buscar a Júlia mientras Marie se acercó a la matriarca.

—Antônio está llorando; quiere ir también, si usted, señora...

—Solo la niña.

Leila miraba el reloj en su muñeca; Marie tosió. Júlia apareció envuelta en un vestido blanco con las mangas bordadas. El brillo del auto bajo el sol la perforó como una lanza, que la dejó clavada en mitad de la escalera. Cecille la tironeó del brazo y entregó sus pertenencias al chofer; todo había cabido en una valija.

En la carretera, Júlia vio pasar el lomo sinuoso de las sierras y las cascadas que a la distancia parecían congeladas, un hilo blanco inmóvil con principio, medio y fin. En la ciudad, después de atravesar viaductos y túneles, nauseosa por la monotonía hipnótica del trayecto, Júlia bajó en la puerta de la pequeña mansión.

Leila la guió a través de los salones de la casa. En la cocina, le sirvió una sopa de carne que esperaba sobre la hornalla la miró tomar-

la toda, pero no la acompañó. La niña se limpió la boca con la servilleta y fue encaminada hacia una pequeña casa que había al fondo. Le dejó la valija de Júlia al lado de una cama de soltero. En el cuartito había, además, un ropero, una radio a transistores y, detrás de la puerta, una tabla de planchar.

La casa grande olía a cardamomo, arañas color ámbar, muebles de castaño; la sala lucía anaranjada a la luz del día. Jardín disciplinado, dátiles en los frascos del aparador, plata en la mesa de los domingos. Y la casita del fondo: la escalera lateral que llevaba al cuarto de Júlia, a su lugar.

Las monjas francesas recibían niños de todas las provincias; acogían a los huérfanos sin poner restricciones y cuidaban de su aspecto para atraer familias que los adoptaran. Antônio tenía casi once años. Sus brazos y sus piernas eran más cortos que el tronco, también pequeño para su edad.

—Llegó el doctor Calixto.

—Iré a recibirlo, busca a Antônio.

El doctor se sentó en la silla, junto a la cual había una cama con sábana y almohada; una gruesa cortina cubría el vitral del improvisado consultorio médico. Antônio vestía bermudas, camisa y zapatos de cuero con cordones de algodón. Calixto revisó al niño durante dos horas. Hizo una seña con la cabeza para anunciar la finalización de las observaciones clínicas. Cecille ayudó a Antônio a vestirse y lo llevó al refectorio, donde servirían la merienda vespertina.

—Hermana Marie, es enano —informó el médico.

—¿Cómo que es enano?

—Lo es. Corre los riesgos pulmonares y coronarios inherentes a las personas con ese tamaño menor, hermana. No tengo ninguna duda, es un enano. ¿Hay algún caso en la familia?

—Los padres eran normales.

—Si alguno de sus antepasados hubiera sido enano, eso explicaría la inhibición de las glándulas de crecimiento. O bien, el problema podría haberse iniciado en este niño. Que Dios me perdone, pero se conocen numerosas mujeres adúlteras que han sido castigadas con un hijo defectuoso.

—Lo acompañaré hasta la puerta, doctor.

Marie se despidió de Calixto y fue a observar a Antônio desde el segundo piso del colegio. Nunca había visto un enano; ni siquiera los que se exhiben en las plazas. Saber que hospedaba a un niño enano fue como abrir la puerta de la trastienda de las galaxias. Marie que-

ría conocer el mecanismo del misterio, pero al mismo tiempo mantenerse lejos del fenómeno y de la ciencia que lo explica. En el patio, Antônio se limpiaba con el brazo la leche de la boca. Tenía la altura de Moraes, un niño de siete años.

—Confío en que algún chacarero lo querrá para las tareas de la casa, para barrer los pisos —dijo Cecille.

En una esquina de la sala estaba Geraldina, madre de Geraldo, una presencia que acompañaba al pequeño Antônio sin que nadie pudiera verla, lo que le permitía inmiscuirse incluso en el sueño del enano. El niño dormía nueve horas cada noche, con las variaciones cardíacas coherentes con los sueños y la influencia de ella.

Antônio casi no se acordaba de la fisonomía de sus padres; había quedado reducida a una serie de puntos sin una recta que los uniera. De la voz sí se acordaba: un timbre femenino que la memoria asociaba a un trueno, de un agudo menor a uno mayor.

La casa de los Malaquias no quedó abandonada; al poco tiempo los vecinos se adueñaron de las pertenencias de la familia. Muertos los dueños, los hijos por el mundo, aquello sería del primero que llegara. Y llegó Eneido, vecino de los Malaquias y empleado de la Fazenda Rio Claro. Eneido se llevó todo con autoridad de pariente: sartenes, molinillo, frazadas de lana y varios ovillos armados por Donana fueron a parar a sus bolsas. Artesas, gallinero, gallinas, gallo, pato, maíz maduro. Los granos en el galpón, las frutas en cuencos y tarros.

La casa quedó vacía. En los alrededores se pensaba que la propiedad era de Nico, Júlia y Antônio por derecho legítimo, de palabra. Eneido solo se haría cargo hasta que los niños fueran mayores de edad.

Geraldo estaba interesado en la casa; no en el edificio, sino en la tormenta que había habido allí. Reconocía los poderes que estaban por encima de él: aunque los relámpagos toquen el suelo, todavía más tenebroso, alcanzan las nubes. De vez en cuando Timóteo mandaba a alguien a ver cómo estaba la casa. Solo ver; no limpiar, no tocar. Después de llevarse muebles, ropas y provisiones, Eneido había dejado las paredes y el techo abrigando el aire. Como vivía cerca de la propiedad, divisaba las visitas diurnas de Timóteo y las nocturnas de Geraldo, que era un solterón robusto que llevaba mujeres al dormitorio chamuscado. No había nada que decir; Geraldo era dueño hasta de lo que no tenía.

Eneido espiaba los movimientos de la vivienda abandonada. Mientras todos dormían en su casa, él iba por la calle de tierra hasta el cerco de alambre y trepadoras. Se ponía en cuclillas y arrancaba algunas hojas de los tallos para abrir el campo de observación.

Vio a Geraldo bajar el escote del vestido que cubría a una morena, desnudándola con ánimo taurino. Ella salía de su larva de algodón, los brazos se escurrían de la ropa y enlazaban el pescuezo del toro. Desde donde estaba, Eneido podía sentir el olor de la hembra. No era

muy joven, era mujer de tacto firme, íntima de la carne, y le dio un seno al mamífero. La mujer se echó hacia atrás, quedó más alta y curvada, un surco se le marcó en medio de las costillas. Desde la nuca hasta la cintura una canaleta se llenaba de sudor. Eneido aspiró el gemido de Geraldo, la pareja levantó polvareda, pedregullos que raspaban los pies, de ir y venir.

Vigorosos como Geraldo eran casi todos, Eneido incluido. Al llegar a su casa fue a ver a sus hijas dormidas. Frescas, cubiertas por la sábana, dos niñas abrazadas. A la más chica le pasó los dedos entre los muslos pequeñitos, rozó el vapor del sexo. Nadie lo vio, ni ella lo sintió como para despertarse.

De vuelta en la Fazenda, Geraldo puso debajo del colchón una medalla envuelta en una bombacha. La dueña, ya en su casa y entre otras como ella, bebió un vaso de leche y dejó en remojo, con agua y jabón, el vestido pegajoso por el jugo de Geraldo.

Geraldo no era el único hacendado; había otros, distantes por la lejanía misma de los límites de las tierras. No se casó para quedarse con su madre, a quien cuidó hasta la muerte. Después de parir a Geraldo, Geraldina cayó enferma de una enfermedad sin explicación. No tenía dolores, sus ojos lagrimeaban sin parar una savia amarilla en torno al iris negro. Fue fecundada tres veces después de nacer su hijo. Tres veces sufrió hemorragias terribles; no albergó más vida en el útero. A los hijos perdidos, siempre a los cuatro meses de gestación, los enterró cerca del río. Hacía un hatillo de paño con sangre y tripas, amarrado con hilo de paja seca, y rezaba por el alma de aquel que no había podido dar a luz.

El padre de Geraldo murió con el tercer hijo muerto. El aborto lo dejó impotente: perdió la fuerza en las piernas, le quedaron los riñones perezosos, se le debilitó la mente. La madre crió a Geraldo sola. El niño fue haciéndose cargo de todo sin recelo, sin moderación. Su voz era desbordada, tenía el tono de un corno, solo que menos arrastrado.

Geraldina Passos murió en los primeros días de un verano, pero el entierro del cuerpo no borró su figura. De ella quedó una especie de recuerdo que, aunque minúsculo y transparente, tenía estructura, y permanecía organizado y material. Sobrevolaba como el polvo de una polvera sin tapa: la respiración de cualquiera podía hacerla levitar.

Durante los primeros meses se quedó en la casa, en un rincón del cuarto. Tizica se persignaba al pasar la escoba por el dormitorio que Geraldo quiso mantener cerrado. En la primera Navidad sin Geraldina, Tizica puso la leche sobre el fuego y la leche no hirvió. Permaneció inerte dentro de la lechera de ágata, la leche intacta con la gordura de los pastos que la generaron; la temperatura no consiguió mover una sola molécula de lugar. Ni siquiera emergió una burbuja a la superficie.

Tizica comentaba el caso en la zona y se burlaban de ella.

—Si sigues diciendo esas cosas vas a atraer a la difunta.

—No hay ningún peligro; lo muerto, muerto está.

Júlia vivía en el cuartito del fondo con la misma perseverancia con que había vivido en el orfanato. La cara nunca se pegaba por completo a la almohada; entre ella y el entorno siempre había un intervalo. Solo podía circular por la casa con autorización de Leila, la madre adoptiva. Comía en la cocina y tenía que irse a acostar al terminar el día. Los domingos, Leila mandaba a Júlia a ayudar a Dolfina, una señora que cuidaba de la mansión desde hacía años y también dormía en el fondo.

—¿Hace cuánto tiempo que vive aquí?

Dolfina picaba las legumbres que la niña sacaba de la heladera.

—No me acuerdo, fue la madre de Leila la que me trajo, cuando llegué ya era grande.

Leila recibía visitas tan importantes que ni Júlia ni Dolfina tenían permitido entrar en la sala. Después de servir los platos, escuchaban la radio. De tanto en tanto Dolfina dejaba que Júlia durmiera en su cuarto, tiraba un colchón cerca de la puerta.

De las tareas domésticas, la menos incómoda era doblar fundas y toallas de mano. Las camisas y otras telas requerían atención al doblarlas, y Júlia no tenía manos habilidosas cuando había que hacer las cosas rápido. Pero las fundas y las toallas de mano se doblaban con facilidad y gusto, el algodón suave y fragante dejaban su perfume en las manos. Lo único que no podía hacer era guardarlas, no llegaba a los estantes. Comía lo que le daban: caldo de menudos de pollo, rosquillas de anís. Prefería los sabores terrosos, que por lo menos tuvieran color de herrumbre. La miel, viniera de la flor que viniera, la devoraba como si fuera un pedazo de pan, masticándola.

Al verano siguiente, Leila embarcó a Dolfina en una nave de gran porte; la empleada iría a hacerle compañía a la hermana de Leila en otro continente. En su ausencia llegó Ludéria, una cocinera que sabía preparar banquetes árabes, bebidas de sultanes. El agua de rosas mojaba los vasos de cristal y bordes de oro; había almohadas por la sala,

música de Oriente. A Júlia se le helaban las manos en presencia de Ludéria. Un día, cayó enferma de fiebre baja y constante. Dijeron que era el gusano de las cosechas y la llevaron a hacerse exámenes para ver si no era anemia.

—Es puro capricho —dijo la cocinera.

—Nunca fue mañosa. La niña está nostálgica, está acostumbrada a Dolfina —respondió Leila.

—¿Y Dolfina, cuándo vuelve?

—No vuelve más.

Leila explicó que la empleada había muerto en el barco; ya era vieja, y los riñones le habían fallado durante el viaje. Ludéria imaginó el calor de la embarcación al sol y se abanicó.

—Cuando le baje la fiebre, yo misma se lo voy a decir.

Nico cumplió veinte años. Antônio llegó a los dieciséis, Júlia a los quince.

Todos los años, en la hondonada del valle se celebraba una fiesta invernal, detrás de la capilla. Nico se había convertido en un muchacho rubio y sólido, y se había ganado el permiso para ir a las fiestas nocturnas. El deseo le pellizcaba la ropa íntima, le peinaba el cabello despacio. Con la piel lisa y las mejillas sonrojadas como manzanas, Nico era un árbol joven.

Pedazos enteros de animales se asaban a las brasas. Bebidas calientes humeaban en los jarros. La noche avanzaba, bóveda negra, la madera de las cómodas crujía en las habitaciones de las casas, la aldea en ebullición. En la fiesta se formarían parejas que definirían el futuro, o bien se templaría el ánimo hasta que la sangre saturara las venas finas de los tobillos.

Maria miraba el río raso reflejar el techo del valle, más oscuro que sus ojos. La superficie del río vibró con el viento bajo y se alisó enseguida. Maria no vivía lejos; vivía en el valle detrás de las sierras de allí cerca. Morena, de cabello lacio, ojos chicos, sonrisa rápida. Observaba a los muchachos con el mentón hacia abajo, los miraba de pies a cabeza, de adelante hacia atrás, como quien recibe una carta por debajo de la puerta.

Nico la vio, y ya no vio nada más durante el resto de la noche. Maria fue abordada por un charlatán, que insistía en inclinarse sobre ella. Se le acercaba al oído, y el pie apoyado en un tronco le daba impulso a los brazos, que gesticulaban de forma redonda y lenta. Maria estaba sentada en un banco de madera y el hombre persistía en el cortejo. Se fue, y volvió con una lonja de carne en un plato. Una lonja gruesa, cubierta de harina de maíz, harina húmeda de sangre bovina. Se agachó y le ofreció a Maria la mitad de la carne. Ella negó con la cabeza y miró para otro lado, dándole privacidad para despedazar la presa con los caninos.

No hablaron más; el hombre deshilaba un puñado de tabaco fresco en el cuenco de la mano; el olor inundó los alrededores. Lió el tabaco en una paja, lo encendió y acompañó el ascenso del humo.

Nico bebía aguardiente con canela, que le quemaba la garganta.

—¿Qué haces ahí parado, Nico? —Timóteo apoyó un codo en el mostrador.

—Estoy mirando.

—El que se queda mirando es como un lobo que ronda un gallinero.

—¿Cómo se llama la que está ahí al lado del río?

—¿La que está con el hombre? Es del Valle Aparecida, a unos veintidós kilómetros de aquí. Así como la ves, viene a todas las fiestas.

—¿El que está con ella es el novio?

—Ese no es de acá; la vez pasada fue igual, ella estuvo todo el tiempo sentada ahí con un mestizo dale que te dale.

—No deben gustarle los hombres desteñidos.

—Con esos ojos azules... Las mujeres te miran.

Maria se levantó y caminó hacia ellos. Pasó por delante sin notarlos. Nico respiró el aroma cítrico del cabello limpio, sus narinas se dilataron, entreabrió los dedos de las manos.

Maria esperaba el corte de carne asada. Se cubrió el cabello perfumado con una capucha de lana; además del frío de la noche, el fuego podía ahumarlo.

—¿Podemos hablar? —se arriesgó Nico.

—Hablemos —sonrió sin mirar, y enseguida se puso seria al ver a Nico.

—¿Cómo te llamas?

—Maria.

—Yo soy Nico.

—¿De quién eres hijo?

—Fui criado por Geraldo, de la Fazenda Rio Claro.

—¿Y dónde están tu padre y tu madre? —se interesó Maria, que volvió a sonreír, pero con mesura.

—Los mató un rayo.

El asado de Maria se enfrió en el plato, porque Maria escuchaba a Nico, que se abrió por completo y por primera vez se sintió cómodo. Nico le contó lo que había visto y lo que no había visto en sus últimos once años. Habló de los cuidados maternos que le había pro-

digado Tizica, la vieja empleada, y hasta le habló de la adopción de Júlia por una familia que vivía lejos.

—Tu hermana se hizo rica —concluyó Maria.

—Tizica no supo nada más de Júlia. Ya está viejita y no va a la ciudad.

Del otro lado del asador, el mestizo observaba a Nico.

—Ese gallego tonto debe ser pariente para hablarle así —comentó con el que cuidaba el fuego.

—Vino con Timóteo, de Geraldo, es de allá, de la Fazenda. Nada de pariente, ese chico no tiene familia.

El mestizo pasó junto a ellos y se despidió de Maria sacándose el sombrero. Ella retribuyó con un ademán desganado.